

Gioconda Belli

El país bajo mi piel

Memorias de amor y guerra





Seix Barral Los Tres Mundos

Gioconda Belli

El país bajo mi piel

Memorias de amor y guerra

© Gioconda Belli, 2010, 2024

c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-322-4288-5

Depósito legal: B. 1.327-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

I
DONDE DAN INICIO, CON OLOR A PÓLVORA, ESTAS
REMEMORACIONES

CUBA, 1979

Con cada disparo el cuerpo se me descosía. El estruendo sacudía cada una de mis articulaciones y me dejaba en la cabeza un silbido insoportable, agudo, desconcertante, salido de quién sabe dónde. Vergüenza me habría dado admitir lo mucho que odiaba disparar. Cerraba apretadamente los ojos apenas jalaba el gatillo, rogando que mi brazo no se desviara de la trayectoria en ese instante de ceguera. Después del disparo contenía el deseo de tirar el arma como si quemara, como si mi cuerpo fuera a recuperar su integridad sólo cuando se despojara de ese miembro mortal agarrado a mi mano, apoyado en mi hombro.

Era una mañana de enero en 1979. Un viento fresco, del norte, envolvía el día en una atmósfera limpia y sin nubes. Habría sido un día perfecto para ir a la playa o tirarse sobre el césped bajo un pinar a contemplar el Caribe. En vez de eso, me encontraba, con un grupo de guerrilleros latinoamericanos, en un polígono de tiro, empuñando un AK-47. Detrás de mí, conversando con un grupo, observándonos, estaba Fidel Castro.

Apenas una media hora antes, en un ambiente de alegre

paseo escolar, habíamos llegado a las modernas y bien equipadas instalaciones del polígono de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias). Dentro del edificio de la armería, donde cada cual escogió las armas que quería disparar, todos parecíamos niños en una tienda de juguetes, tocando y examinando los fusiles automáticos, semiautomáticos, las subametralladoras y las pistolas puestas a nuestra disposición. Como sólo había utilizado pistolas, quise probar lo que se sentía disparando con un fusil. Cuando salimos al descampado y nos alineamos para tirar a los blancos, situados al otro lado de una hondonada, experimenté por primera vez los puñetazos en el hombro de las detonaciones, el poder de las ráfagas de metralla; la manera en que el cuerpo pierde el equilibrio y se desvencija si uno no se sustenta bien sobre las piernas. Mientras los demás disparaban con entusiasmo, yo me aturdía en un mundo de sonidos apagados y no lograba recuperarme de la sensación de estar bajo el agua. Lejos de sentir ningún placer, experimenté de manera inequívoca el profundo rechazo que me inspiraban las armas de fuego. Me pregunté cómo era que sólo yo parecía ajena a la fascinación de toda aquella parafernalia bélica. ¿Qué haría cuando me llegara el turno de entrar en combate? Seguí disparando furiosa conmigo misma. Terminé tendida boca abajo sobre el montículo donde se encontraba una ametralladora calibre 50 cuyo largo cañón giraba sobre un eje. Allí me quedé accionando con los dos dedos pulgares la palanca del gatillo. Era el arma más mortífera de que se podía echar mano en ese lugar pero no me desestabilizaba y el sonido era seco y no se expandía dentro de mí.

—Así que estabas encantada con la 50 —me dijo sonriendo malicioso Fidel cuando lo vi días después. No dije nada. Le sonreí. Él se volvió para conversar con Tito y los otros compañeros sandinistas invitados a La Habana para las celebraciones del XX Aniversario de la Revolución cubana.

Me recosté en la silla. Era inevitable que el perfil de Fidel pusiera a girar en mi mente una confusa mezcla de imágenes

del presente y el pasado. Fidel había sido el primer revolucionario del que tuve noticia en mi vida. Seguí su aventura rebelde como si se tratara de una serie por entregas, porque en mi casa agitó las pasiones de mis padres y sobre todo las de mi hermano Humberto, que era el líder de mis juegos infantiles. Humberto y yo nos leímos de cabo a rabo sobre la cama de mis padres el número de *Life* donde se publicó un reportaje con Fidel en la Sierra Maestra. Ya para entonces Humberto había logrado, tras meses de práctica, imitar a la perfección el sonido de la trompeta de Al Hirt. Su gran orgullo, sin embargo, era la imitación magistral que hacía de Daniel Santos, un cantante puertorriqueño de voz nasal inconfundible, cuya interpretación del himno de los rebeldes del Movimiento 26 de Julio lo había lanzado a la fama. Mientras se bañaba o en momentos de súbita inspiración, Humberto atronaba la casa cantando como Daniel Santos: «Adelante cubanos, que Cuba premiará vuestro heroísmo, pues somos soldados que vamos a la Patria liberar». Creo que fue oyéndolo cantar que tuve mis primeros arranques de patriotismo. Repetía la canción pensando secretamente en Somoza, nuestro tirano. Fidel era para mí el símbolo del heroísmo más puro y romántico. Los barbudos, jóvenes, audaces, guapos, estaban logrando en Cuba lo que ni mis primos envueltos en rebeliones ni Pedro Joaquín Chamorro, líder opositor, ni los conservadores ni nadie había logrado en Nicaragua. Cuando Fidel triunfó yo tenía diez años, pero me alegré y celebré la victoria cubana, sintiendo que de alguna manera me pertenecía a mí también.

Claro que después toda aquella efervescencia se esfumó como por encanto. No sé exactamente qué pasó, pero entre las monjas en el colegio, entre los amigos de mis padres, en los periódicos, en mi casa, empezó a circular la noticia de que Fidel y sus peludos habían engañado al mundo entero haciéndose pasar por cristianos y buena gente cuando en realidad eran peligrosos comunistas. Fijate vos —decía mi madre—, Fidel salió en *Life* con el gran crucifijo colgado en el pecho y ahora se declara ateo. ¡Será posible! Las monjas contaban cuentos de

horror de que en Cuba los niños eran arrancados de los brazos de sus padres y llevados a instituciones para ser educados por el Estado para que desconocieran a Dios y fueran comunistas. Ser comunista era, por supuesto, un estigma, un pecado capital, la forma segura de ganarse el infierno. Sentí pesar por los niños cubanos hasta que oí a mi abuelo materno, Francisco Pereira, conversar con un amigo chino que llegaba todos los días a visitarlo, y con el que se sentaba a tomar el fresco de la tarde balanceándose ambos en sendas mecedoras en la acera de su casa en León. «Todo eso es mentira. Todo eso lo están inventando para perjudicar a Fidel», le dijo mi abuelo, y continuó hablando, repitiendo con su memoria prodigiosa, palabra por palabra, trozos de discursos de Castro que oyera en Radio Habana y que a mí me parecieron llenos de hermosas palabras para los pobres y me recordaron prédicas de sacerdotes.

Como resultado de tan diversas opiniones, terminé sin saber qué pensar de Fidel. Me confundí más cuando el presidente Kennedy —que era el ídolo de mi mamá— recurrió a Luis Somoza para lanzar contra Cuba, desde el norte de Nicaragua, la invasión de Bahía de Cochinos. No entendí que un presidente como él tuviera relaciones amistosas con un gobierno como el nuestro.

¿Quién habría podido predecir a mi hermano y a mí que un día yo estaría en La Habana, sentada en un mullido sofá, conversando con Fidel? Y sin embargo, pienso, uno llega a la vida con un ovillo de hilos en la mano. Nadie conoce el diseño final de la tela que tejerá, pero en cierto momento del bordado uno puede mirar hacia atrás y decir:

¡Claro! ¡Cómo iba a ser de otra manera! ¡En aquella punta brillante de la madeja estaba el comienzo de la trama!

II
DONDE SE NARRAN ALGUNAS EXTRAÑAS
VINCULACIONES CON CALIFORNIA Y EL PAPEL
QUE HAN JUGADO EN MI VIDA LOS CANALES
INTEROCEÁNICOS

SANTA MÓNICA, 1998

Desde la terraza de mi casa en Santa Mónica se ve el mar. Cuando me pongo nostálgica, subo a mi automóvil, bajo a la playa y cruzo la ancha franja de arena hasta donde revientan las olas. La visión de las crespas crestas blancas desenrollándose a mis pies me transporta sin esfuerzo hacia mi Nicaragua natal. Éste es el mismo mar junto al que corría de niña. Reconozco el rizo de las olas, el chasquido con que se dejan caer sobre la arena, el empuje con que se hacen y deshacen incansables. Esta playa se pierde a lo lejos en la silueta del muelle con su parque de diversiones pero, si cierro los ojos y dejo que la que mire sea la memoria, puedo ver más allá, playa abajo, la cabaña de troncos donde pasaba con mi familia las vacaciones de verano, puedo verme cuando era adolescente mirando el mar sobre la Peña del Tigre. Allí me gustaba sentarme en silencio a contemplar el atardecer, mientras me imaginaba arqueóloga descubriendo civilizaciones perdidas.

Ahora imagino otras cosas. Imagino que el mar une con sus manos de agua las dos existencias que me ha tocado vivir.

No es de extrañar que el rumbo del agua me lleve de California a Nicaragua. En el pasado de mi país, como una herida, existe la memoria de un canal que nunca se construyó pero que atravesó su historia, la cambió y nos dio desde un presidente norteamericano hasta una estirpe de dictadores que gobernaron durante medio siglo. Como la mariposa que bate sus alas en el Caribe y causa tormentas en China, así el grito de Sam Brannan «Oro, oro, oro en el río Americano» se metió en la historia de mi país, aleteó y llevó a las multitudes que despertaban y dormían soñando con el oro a buscar una ruta más segura que las praderas de Estados Unidos por donde cruzaban las caravanas lentas y tristes bajo la amenaza de los indios, o la larga travesía por barco rodeando el Cabo de Hornos. Los ojos del norte se fijaron en la cintura estrecha del continente para pasar de un océano al otro. Se fijaron en mi país que tiene un río que desagua en el Atlántico y que se puede navegar corriente abajo hasta un gran lago al que sólo separa del Pacífico una estrecha franja de tierra de veinte kilómetros. Para embarcarse rumbo a California y su río de oro, sólo tenían que bajar por el río, atravesar el lago y recorrer esos pocos kilómetros a caballo o en mula. No sé qué día de 1849 fue que el célebre magnate norteamericano, el comodoro Cornelius Vanderbilt, se percató viendo un mapa en la oficina de su compañía de vapores en Nueva Orleans, de las facilidades de tránsito que ofrecía la geografía de Nicaragua. Esa noche el hombre soñó con rutas interoceánicas y comercios fabulosos, y no se detuvo hasta abrir en 1851 la Ruta Accesorio del Tránsito, más segura, hermosa y sana que el trayecto por Panamá, que era tan insalubre que las compañías de seguros despojaban de su protección a cualquier viajero que pasara más de veinticuatro horas en la población panameña de Colón.

Así se introdujo en la historia de mi país el sueño de ese tajo que haría practicable la navegación del Atlántico al Pacífico en sólo treinta y seis horas. Desde entonces el fantasma de aquel canal anduvo suelto y sin descansar. A Vanderbilt lo

despojaron los empresarios Morgan y Garrison de su Ruta del Tránsito mientras pasaba vacaciones en Europa. Para hacerlo se aliaron con el filibustero William Walker, que quería no sólo la concesión del canal, sino el país entero para cumplir su sueño de añadir una estrella más a la bandera norteamericana. Walker se nombró presidente de Nicaragua y decretó la esclavitud, pero los centroamericanos se unieron para hacerle la guerra y en 1860 lo fusilaron en Honduras.

No quedó del canal nicaragüense más que la sombra de la posibilidad, pero ésta fue suficiente para que Estados Unidos se preocupara por asegurar su dominio y se dedicara a ser juez y parte en el pequeño y rebelde país, donde las guerras parecían no detenerse nunca. Una y otra vez intervinieron apoyando ya fuera a liberales o conservadores. Fueron árbitros, socios; dominaron las finanzas, las aduanas, organizaron y supervisaron elecciones, hasta que se toparon con un general enjuto y pequeñito de estatura, Augusto César Sandino, cuyo ejército de guerrilleros campesinos desarraigados se les convirtió en una pesadilla, porque eran ya muchos los marines víctimas de los ardides militares de aquel hombrecito de botas y sombrero Stetson. Fue así como decidieron que sería mejor que Nicaragua formara su propio ejército y se preocuparon de organizarlo y buscarle un jefe adecuado, que no fue otro que Somoza, un empleadito de la aguadora cuyos méritos eran hablar inglés, caerle bien a la esposa del embajador norteamericano y estar casado con una sobrina del presidente Juan B. Sacasa. Somoza demostró su temple y decisión ocupándose de asesinar por su cuenta a Sandino y a los generales de su Estado Mayor cuando salían de la casa presidencial, tras asistir al banquete que ofreció el presidente Sacasa para celebrar los acuerdos de paz. Tres años después Somoza dio un golpe de Estado a su pariente y se hizo presidente. *Somoza is a son of a bitch, but he is our son of a bitch*, dijo Roosevelt. Cuando un poeta lo mató en 1956, lo siguieron en el poder sus hijos, Luis y Anastasio. Este último hablaba el inglés mejor que el español y se había graduado en West

Point. Era el perfecto marine criollo. Apoyados por Estados Unidos, los Somoza se quedaron en el poder hasta 1979. Casi medio siglo.

La búsqueda del cruce entre los mares que marcó la historia de mi país también marcó la de mi familia: descendiendo de italianos piamonteses. De Biela. Eran dos los hermanos Belli que llegaron a América. Próspero era arqueólogo; Antonio, ingeniero civil. Próspero llegó hasta el Perú, donde fundó un museo en el desierto de Ica. Antonio trabajó en el Canal de Panamá hasta un fin de semana en que fue a Nicaragua y en Granada, bajo el embrujo de casonas coloniales y la brisa de un lago tan grande que los conquistadores españoles le llamaron «la mar dulce», se enamoró de mi bisabuela. Carlota no sólo era una morena guapa y fuerte, sino que pertenecía a una familia de renombre. Era la hermana del general conservador Emiliano Chamorro, que fue dos veces presidente del país y se ganó el respeto y favor de Estados Unidos porque le concedió, a perpetuidad, los derechos exclusivos para la construcción del canal interoceánico. Igualmente, para demostrar cuánto admiraba a la gran nación del norte, pactó con Somoza para imponer en Nicaragua un sistema bipartidista. No conocí a mi bisabuelo Antonio, de quien se decía que tenía un ojo azul y otro café, pero sí conocí al general Chamorro cuando era un anciano arrugado, con una mata de pelo blanco en la cabeza sombreando su cara morena de sabueso triste.